

Breve bitácora de una visitante

ENRIQUE GASTÉLUM

*A mi madre, Elvia Tapia de Gastélum, con amor: “
gracias por enseñarme el arte de la sonrisa
y una habitación de cañeros”*

Martes 15 de agosto del 2004.-

Por fin, el martes en la noche apareció mi anhelada visitante. Me encontraba tirado en la cama, divagando en situaciones absurdas, con una dinámica mental imparable, muy parecida a la de los sueños, inventando una oración para que las ventas en mi puesto de flores se multipliquen; suplicando la benevolencia de un Dios desconocido, para que mi jornada laboral se reduzca de catorce a doce horas; buscando la manera de esquivar todos los problemas que tengo (el pago de los útiles

escolares y del uniforme de mi hija), con la aparición magnánima de un ovni que me lleve a viajar a la velocidad de la luz, para convertirme en el primer navegante terrícola en otras galaxias.

La anhelada visitante se deslizó en silencio por la recámara. Estaba tan absorto en mis pensamientos, que no me di cuenta de su llegada. Se apoderó de mí en un instante, como un ejército bien organizado. Cuando me percaté de su presencia, ya ocupaba todo mi espacio y era dueña de mi respiración y de qué manera me hacía temblar cuando me abrazaba y fundía su calor a mi cuerpo. ¡Qué increíble hasta que punto tenía influencia sobre mí! Quedé inmovilizado en la cama, sin actividad mental, que en estos tiempos, no está de más decirlo, es una bendición. Mi madre y mi tía me habían advertido: “ten cuidado con ella, ha postrado a muchos hombres y nadie se le puede resistir, algunos han muerto a causa de ella”, pero yo no hice caso porque secretamente deseaba que fuera parte de mí. Sentí un hermoso cansancio por todo el cuerpo, apague la luz y dormí con ella.

Miércoles 16 de agosto de 2004.-

La anhelada visitante, mi querida gripe de cada seis meses, me tiene en la cama inmovilizado, me ha obligado a suprimir la jornada laboral del día de hoy y ha detenido mis pensamientos por unas cuantas horas, situación que le agradezco, pues no tuvo que intervenir ningún platillo volador. ■



Guadalupe Rosas